

Vergeles mexicas

La ciudad de Tenochtitlán y sus jardines

Después de una difícil peregrinación en busca de la tierra prometida, los nahuas-chichimecas fundaron en 1325 la ciudad de Tenochtitlán en el valle del Anáhuac, en un pequeño islote rodeado de las aguas saladas del lago de Texcoco. Apenas un siglo después su aspecto era ya imponente, pues su forma de rectángulo alargado cercado de grandes lagos y volcanes sobresalía entre las urbes de la cuenca lacustre de México. Con una superficie aproximada a los 12 kilómetros cuadrados, y con una población de 150 000 a 200 000 habitantes, tenía calles bien trazadas y cuatro calzadas rectas y planas que daban acceso a tierra firme para llegar a Iztapalapa, Tepeyacac, Tacuba, y Azcapotzalco. Además, en la parte central de Tenochtitlán se levantaban majestuosos edificios ceremoniales, en cuyos anexos se cultivaban plantas olorosas para los altares; también en el corazón de la urbe se localizaban los grandes aposentos de la nobleza, hechos de piedra y que contaban con espaciosas huertas y jardines. Más allá estaban los barrios o *calpullis*, habitados por familias, con sus casas de adobe y carrizos, pero todas con patios llenos de hierbas, árboles y flores.

Ramona Isabel Pérez Bertruy.
Doctora en Historia, investigadora
del Instituto de Investigaciones Bibliográficas.

En el interior de la ciudad, además de los caminos de tierra y puentes, había canales y embarcaderos con salida al lago, mientras que en la periferia urbana se concentraban innumerables chinampas agrícolas cuya belleza espectacular condujo a diversos observadores a confundirlas con "jardines flotantes", porque al verlas "los sentidos gozan del más suave de los placeres", tal como lo afirmó en el siglo XVIII el jesuita Francisco Xavier Clavijero.¹

Las chinampas en la sociedad mexicana funcionaron en realidad como campos de cultivo para la producción de granos, vegetales y plantas ornamentales, destinadas al sustento diario y al comercio. Este sistema de producción agrícola de altísimo rendimiento fue de suma importancia no sólo para Tenochtitlán sino también para todos los pueblos asentados en la cuenca de México, sin contar que esos huertos sobre el agua, tejidos de varas y raíces de plantas acuáticas, sirvieron para la ampliación del propio territorio urbano y, a partir de él, sus habitantes disfrutaron de una ciudad poblada de herbolaria viva.

Con sus acueductos para surtir de agua a la población y con varios diques o albarradones, canales, embarcaderos, ríos canalizados y presas para regular el flujo de la misma, y controlar las inundaciones de los grandes lagos que cercaban la gran ciudad imperial, el complejo urbano de Tenochtitlán era en extremo sofisticado, pues los antiguos mexicanos supieron integrar armónicamente el paisaje compuesto de agua, aves, plantas, animales acuáticos y matorrales con la vida humana, dando origen así a fastuosas construcciones de uso habitacional, templos religiosos, obras hidráulicas, chinampas, huertos y jardines. En efecto, los mexicanos vivieron en estrecha interdependencia con el ecosistema acuático y aprovecharon racionalmente los recursos que su entorno les brindaba. Sin duda el equilibrio ecológico alcanzado por este pueblo se debió a su cosmovisión hacia la naturaleza y los elementos que

¹ Véase la descripción que hace Clavijero de las chinampas en Gortari Rabiela, 1995, p. 24-25 y *cfr.* Nutall, 1956, p. 41.

la integraban, donde los astros, el agua, ciertos árboles, flores y animales ocupaban un lugar mítico en sus leyendas religiosas y eran reverenciados como dioses.

Esta imagen del mundo que tenían los mexicas se reflejó en su sensibilidad artística para transformar el paisaje natural y era la suma de varios aspectos, entre ellos las grandes habilidades que poseían en labranza, así como el enorme conocimiento empírico que tenían sobre las plantas y los animales nativos, más la tradición de respeto hacia su medio ambiente y algunos seres vivos (flora y fauna) e inanimados (minerales, cerros, montañas y grutas), considerados como sagrados.

El historiador Clavijero señala en sus crónicas que la tradición de la jardinería era ya muy antigua entre los acolhuas del Anáhuac cuando los mexicas llegaron a la región, pues había evidencia de su desarrollo en el Texcoco del rey Xólotl y en Tenayuca de Nopalzin. Posteriormente, los antiguos mexicanos se establecieron en la cuenca de México y se convirtieron en un grupo sedentario tras de adquirir grandes habilidades en la agricultura con la explotación intensiva de las chinampas, donde cultivaban flores, además de una gran variedad de vegetales y granos, que vendían a los pueblos de la comarca.²

De la intensa afición a la floricultura, y teniendo por base la horticultura que se desarrolló en las chinampas, nacería en el siglo xv la jardinería en suelo firme, siendo en tiempos de Moctezuma Ilhuicamina (1440-1469) cuando ésta alcanzó un esplendor que ya no perdería en lo sucesivo.

Este gobernante, conocido como *el Iracundo*, fundó los jardines reales de Tenochtitlán, estableciendo en ellos un zoológico y un jardín botánico, los cuales constituyeron un aspecto urbanístico importante, ya que ocupaban una gran superficie privada dentro de la ciudad. También erigió en la cima del cerro de Chapultepec un palacio con jardines y

El historiador Clavijero señala en sus crónicas que la tradición de la jardinería era ya muy antigua entre los acolhuas del Anáhuac cuando los mexicas llegaron a la región.

² *Diccionario Universal*, 1856, p. 618.

un parque para ir de cacería, y en donde había una extensión de bosque con agua suficiente para que la caza estuviese segura. Así, en Chapultepec había manantiales de agua y arroyos con peces, riscos y peñas, más una gran variedad de animales en libertad (ciervos, liebres, zorros, lobos, coyotes, gatos monteses y otros), para que se ejercitaran en la caza los señores mexicanos.³ Tanto dicho gobernante como sus sucesores crearon de igual manera otros lugares similares fuera de la ciudad, entre los que destaca, por ejemplo, la isla del Peñol, conocida en aquel tiempo como *Tepetzinco*, en las mismas aguas saladas del lago de Texcoco, y en donde Moctezuma Xocoyotzin (1502-1520), apodado *el Joven*, solía ir de cacería y bañarse en sus aguas cristalinas y calientes. Asimismo acostumbraba visitar una huerta en el pueblo tributario llamado Coyoacán, el mismo que después de la conquista pasó a ser propiedad de Hernán Cortés y la Malinche.⁴ A su vez, el hermano menor de Moctezuma II, Cuicláhuac (1476-1520), quien gobernaba el señorío de Iztapalapa, poseía sitios semejantes al sur de Tenochtitlán, asombrosamente edificadas en tierra y agua según versión de los propios conquistadores. Pero el más maravilloso de los jardines, y quizá el más antiguo, fue Huaxtepec (hoy Oaxtepec, Morelos), ubicado al sur del viejo Altiplano central de México, y que fue rescatado del olvido en el año 1450 por Moctezuma I. Al parecer los mexicas tuvieron otros lugares en comarcas más lejanas como Atlixco (Puebla), Tollancinco (Tulancingo, Hidalgo) y Quauhnahuac (Cuernavaca, Morelos), pero poco se sabe de ellos (fig.1).

³ Nutall, 1956, p. 13; Quintanar, 1968, p. 5.

⁴ Nutall, 1956, p. 17.



Fig. 1. Mapa de la laguna de México formado por Enrico Martínez en 1608, con datos del autor, donde se muestran los sitios inmediatos a Tenochtitlán, lugares donde floreció la jardinería mexica. Fuente: Clavijero, Francisco Javier. *Historia antigua de Méjico*. Mejico: Juan R. Navarro, Editor, 1853. Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional (FRBN).

Ciencia y arte

De la información que dejaron los cronistas españoles de la Conquista sobre la cantidad, extensión y magnificencia de estos vergeles, se podría juzgar que varios elementos se conjugaron en la cultura mexica para el progreso de la jardinería.

Se puede sostener que las nociones o el adelanto en las ciencias, principalmente la botánica y la zootecnia, así como la agricultura y sobre todo la floricultura, permitió el desarrollo de la jardinería como un arte, lo que hizo posible la creación de jardines botánicos y parques zoológicos.

Estos conocimientos empíricos sobre la naturaleza son los que posibilitaron el surgimiento de colecciones espectaculares de árboles o huertas.

Esta conquista en el terreno de las bellas artes se debe a los extensos conocimientos que poseían los nahuas acerca de la tierra y sus productos, no sólo sobre su territorio, sino de más allá del Anáhuac, pues tenían la costumbre de coleccionar la flora y la fauna de todos los sitios conocidos, para observación y aprovechamiento. Se infiere tal sapiencia, pues muchas plantas poseían un atinado nombre indígena, alusivo a sus propiedades varias. Estas designaciones se conservan hoy día en la nomenclatura vernácula y aun en la científica. Se sabe también, por las descripciones que hizo el franciscano Bernardino de Sahagún, que los antiguos mexicanos conocían la morfología y ecología de algunos seres vivos, así como de su hábitat natural. Su experiencia era tal que respetaban las condiciones del medio en el cual se desarrollaba cada especie animal o vegetal.⁵ Estos conocimientos empíricos sobre la naturaleza son los que posibilitaron el surgimiento de colecciones espectaculares de árboles o huertas y de parques o bosques con animales en cautiverio, a una escala mucho más elaborada de la que entonces se había intentado en Europa.

Sin duda la información acumulada sobre las estaciones del año y los ciclos agrícolas fueron claves para la selección, fecundación, reproducción y el trasplante de las flores y, en general, para la propagación y cultivo de árboles y plantas con múltiples aplicaciones ya en la alimentación, la medicina, las artesanías, la religión o el comercio. En el caso de las plantas no sólo habían adquirido los nahuas interés científico y económico, sino también le habían encontrado el estético. La versión que ofrece Clavijero es elocuente en este sentido, al comprobar que en el terreno de la floricultura elegían vegetales por su rareza, por la belleza de sus flores, su aroma y lo extraordinario de su forma; también había una especie de buen gusto en el adorno, simetría y distribución de sus jardines, donde se buscaba la variedad en los diseños, la combinación de tonos o colores y fragancias.⁶

⁵ Martín del Campo, 1943, p. 635-636.

⁶ *Diccionario Universal*, 1856, p. 616.

Esta actividad, es decir, la floricultura, se encontraba en su pleno apogeo cuando llegaron los españoles en el siglo XVI, y a tal grado que pronto percibieron que existía entre los mexicas una amplia cultura en la materia, pues había una nomenclatura específica para identificar cada especie de flores, prueba indudable, por ende, de que habían estudiado detenidamente su organización, así como que lingüísticamente también existían vocablos para designar las arquitecturas vegetales o, por lo menos, los sitios donde se desarrollaban sus cultivos.

La antropóloga Nutall señala que los tenochcas designaron a un lugar de flores como *xochitla*, al de muchas flores *xoxochitla* y a un jardín amurallado *xochitepanyo*. De esto se infiere que los pobladores de Tenochtitlán tuvieron la idea de un jardín, pues nominaron a los de las clases gobernantes con el vocablo de *xochiteipancalli* o palacio de flores y al del indio humilde *xochichinancali*, sitio de flores rodeado por una barda de cañas o ramas. Todas estas palabras revelan que existía la noción de jardín, pero vinculada a la horticultura, tradición semejante a la de las civilizaciones del Viejo Mundo,⁷ en especial las de los antiguos egipcios, griegos y romanos.

En la cultura nahua —confiesa el ilustre Clavijero en su obra *Historia antigua de México*— la gente común tenía gran pasión por las flores, por eso las sembraba y hacía arreglos con ellas para venerar a sus dioses en sus festividades religiosas; por lo mismo se les hallaba cotidianamente como ofrendas en templos y en oratorios privados,⁸ a veces incluso en forma de tapetes de flores. También funcionaban en la ornamentación de las personas, sobre todo de la nobleza, para el "deleite del cuerpo y el alma", lo que sucedía cuando inhalaban su aroma quienes las portaban en los espacios públicos (fig. 2).

⁷ Nutall, 1956, p. 7-8.

⁸ Heyden, 2002, p. 20.

Fig. 2. Las flores y plumas eran un signo de distinción para la nobleza mexicana. Fuente: Clavijero, Francisco Javier. *Historia antigua de Méjico*. Méjico: Juan R. Navarro, Editor, 1853. FRBN.



Las flores fueron tan preciadas o valiosas entre los mexicas que se imponían a los pueblos sometidos como pago de tributos, razón por la cual entraban diariamente a la capital imperial tenochca cargamentos de flores rumbo a palacio, o bien se presentaban ramilletes de flores a reyes, señores, embajadores y otras personalidades, como acto de respeto a su autoridad. De ser algunas flores un signo de prestigio entre los nahuas, a otras también se les podía ver como adorno en las mercaderías de los tianguis y en los banquetes de los acaudalados mercaderes. Además, los curanderos y sacerdotes extraían de ellas soluciones medicinales, como antiepilépticos y relajantes.

La afición a la floricultura también tuvo su lado místico, pues había la sensación de que las flores, y en general las plantas, se traducían en mantenimientos; por eso se decía que quien controlaba las frutas de la tierra, controlaba el bienestar del pueblo.

Es indudable que las flores fueron un elemento de comunicación simbólica en el rito, la curación, la

producción artesanal, el tributo y el proceso de gobernar,⁹ y su lenguaje tuvo gran difusión, al extremo de que abarcó nombres de personas (las escogidas por su belleza) y lugares geográficos de Mesoamérica (para designar los más floridos y de allí se derivan Xochitepec, Xochicalco, Xochimilco, entre otros). Fue asimismo de gran significancia en el calendario mexica (último día del mes), en la música y la poesía (cuyas actividades estaban asociadas y se traducían en el concepto *flor y canto*) y, sin duda, se les vio representadas en la pintura, la escultura y en los diseños de las artes menores, como la cerámica. Esta clara familiaridad de los tenochcas con las flores explica no sólo su apego hacia su cultivo, su excesiva producción y demanda agrícola, sino también su importancia emblemática en el viejo altiplano central de México.

El gentil indígena era quien cultivaba estas flores en los traspatios de sus casas, en un lugar delimitado y cercado, y para lo mismo podían servir las chinampas, aunque cabe anotar que estos espacios mencionados eran más bien huertos agrícolas. De acuerdo con las descripciones que hicieron los cronistas y conquistadores españoles, los *tlatiques* sí poseían jardines de placer, huertas y parques labrados con "bello orden" por sus *macehuales* o súbditos para el disfrute de los monarcas. Estos sitios funcionaron de igual manera como jardines botánicos, pues se plantaron ahí hortalizas y árboles frutales, aparte de que contenían flores y plantas medicinales. En Iztapalapa, Tenochtitlán, Huaxtepec y Chapultepec existieron estos artificios naturales que fueron, tal como lo afirma Velasco Lozano, "una sublimación del mundo natural, un universo no silvestre", si no domesticado y planificado, bien "construido en forma armoniosa, según los cánones estéticos de este grupo étnico de origen nahua- chichimeca".¹⁰

⁹ *Ibid.*, p. 23.

¹⁰ Velasco Lozano, 2002, p. 32.

Características de los jardines, huertos y parques

Iztapalapa

El jardín de Iztapalapa fue el primero que vieron los españoles en la cuenca sudoccidental de México (fig. 3), causándoles admiración su grandeza, disposición y hermosura. Iztapalapa era una ciudad mitad en el agua y mitad en tierra firme, donde había un palacio con mansiones que daban a terrazas y jardines, y hacia una huerta con acceso propio a la laguna por medio de canales. Este sistema asombró a Hernán Cortés y a Bernal Díaz del Castillo, pues sus visitantes podían disfrutar el vergel desde el transporte fluvial, sin que sus pasajeros se apearan a tierra firme. Los jardines de Cuitláhuac fueron un espacio planeado y refinado; estaban labrados, encalados y pintados, y con sembradíos muy bien delimitados, pues intercalaban andenes para caminar, cultivar y observar los árboles floridos y frutales, así como los arbustos con muchas flores. Aquí mismo había una gran alberca de agua dulce, bien edificada y con escaleras que llegaban hasta el fondo, donde probablemente se bañaban el señor y su corte.

Junto a la casa principal estaba una gran huerta, donde había un estanque cuadrado de agua dulce con multitud de aves y peces propios del territorio, construido con paredes de cantería.¹¹ El estanque era una copia de la naturaleza, del ecosistema lacustre que albergaba a representantes de la avifauna e ictiofauna, y otras "alimañas" (anfibios, reptiles e insectos) que poblaban los distintos lagos, aunque dentro de una clara traza geométrica, con andenes o pasillos anchos y ladrillados para transitar en su alrededor. Es muy probable que se pudiera elegir algunos de ellos, pues los animales ahí reunidos estaban cautivos en los estanques o eran estimados por su carne o grasa, y valiosos para ciertos ritos religio-

¹¹ Véanse las "Cartas de relación de Hernán Cortés al emperador Carlos V", en *Diccionario Universal*, 1856, p. 621.



Fig. 3. Mapa del siglo xvi. *El conquistador anónimo*. Para los fines de este trabajo, véanse la ubicación de los jardines de Iztapalapa y de la ciudad de Tenochtitlán, así como la casa de animales de Moctezuma. Nótese que los puntos cardinales están invertidos. Fuente: Ramusio, Giovanni Battista. *Terzo volume delle navigationi et viaggi*. Venetia: Nella Stamperia de Giunti, 1565. FRBN.

sos por su plumaje, color y canto. Posiblemente estos jardines y huertas fueron concebidos como realizaciones tangibles e históricas semejantes en cierto sentido al "Paraíso", al jardín de las delicias o el Edén del mundo occidental; en ese modelo ideal "se interrelacionaban y operaban diversos mecanismos cósmicos como los de la creación, fundación, fecundación y reproducción, creencias que formaban parte de la tradición mesoamericana".¹²

¹² Velasco Lozano, 2002, p. 30-31 y 33.

Un muro de cañas separaba el estanque de la huerta, la cual se hacía notable por la gran cantidad que tenía de hierbas olorosas y arboledas de varios géneros, entre ellos el capulín, chiles, maíz, calabaza y tomate. Esta flora estaba ordenada o clasificada de acuerdo con su taxonomía o cosmogonía y no sólo atendía a la parte estética, sino que se basaba en amplias nociones de lo que ahora conocemos como historia natural, y que permite destacar los avances de los mexicas en botánica, más si tomamos en cuenta que en Europa se inició este esfuerzo con Linneo en el siglo XVIII. Así, sabemos que los elementos vegetales de esta huerta se organizaron en su momento de acuerdo con el grupo de familias a la que pertenecían, considerando sus propiedades y la manera de usarlas, y sobre todo su terapéutica aplicada a la medicina.¹³

Este método de clasificación natural de los mexicas, que asombró a médicos y botánicos españoles cuando lo conocieron, se hizo patente debido a la predilección que tenían los *tlatoques* por reunir en sus jardines botánicos tanto hierbas medicinales como flores olorosas.

Cabe mencionar que los *tlatoques* apreciaban las plantas no sólo por sus propiedades curativas, sino también porque les gustaba que sus jardines tuvieran árboles con flores "de buen parecer" o "delicado olor", por ejemplo las plantas de maíz, la ceiba, las ricas flores del colorín, el bulbo comestible de la oceloxóchitl, o bien las vainas del mezquite. Todas además servían para la preparación de guisados y aderezos, cuidando siempre la "sazón" no sólo del gusto, sino también la de la vista. Para conseguir tales fines, los jardineros reales ponían especial cuidado en la siembra de estas plantas, que era precedida por ritos propiciatorios o actos religiosos.¹⁴

Tenochtitlán

El palacio de Tenochtitlán, expresión del esplendor y la opulencia del poderío tenochca, estaba adornado

¹³ Orozco Sánchez, 1942, p. 22-23.

¹⁴ Velasco Lozano, 2002, p. 30.

con jardines interiores que se abastecían en fuentes de agua que, venidas de Chapultepec, complementaban un cuadro de flores delicadas y hierbas olorosas. Aparte de éste, según destaca Clavijero, había otros espacios similares con estanques de aguas cristalinas donde abundaban millares de peces de distintos colores, y aves acuáticas.¹⁵

Más impactante era una especie de zoológico o colección de animales en cautiverio que tenía Moctezuma II en una de sus casas inmediatas a palacio (fig. 3) y que estaban, según narra el franciscano Juan de Torquemada, muy bien separados para no generar conflictos. La casa para fieras se llamaba *Tecuanacalli*, mientras que la de aves *Totocalli* o *Totocalco*. Había alguna más para seres deformes o maltrechos, como la de los enanos. La extensión de cada edificio era enorme, con cuartos diferenciados para cada especie y habitaciones adaptadas a la vida natural de la fauna, pues se procuraba una área oscura y otra al aire libre, para darle sol y aire. Un sistema de pasillos o corredores comunicaba las jaulas y celdas, para poder observar.¹⁶ Por las características que tenía este parque en cuanto a la custodia de animales y sus servicios especializados, se podría considerar que aquí se fundó el primer zoológico de México, aunque no era público sino exclusivo de los *tlatoque* mexica, brindando para ellos algunos beneficios.

Los animales cautivos (mamíferos, infinidad de aves, reptiles y batracios) podían servir de ofrendas a los dioses, o bien se conservaban por su valor simbólico en cuanto a virtudes o atributos (fig. 4).

En ocasiones incluso se les representaba en esculturas religiosas. Por ejemplo, en el *tecuanacalli* las serpientes representaban la fecundidad, mientras que el jaguar de piel manchada expresaba el cielo nocturno estrellado, lugar donde moraban los dioses, y encarnaba a Tezcatlipoca. Según relata Bernal Díaz del Castillo, las aves que estaban en jaulas recibían cuidado especial porque sus plumas eran usadas para

¹⁵ *Diccionario Universal*, 1856, p. 620.

¹⁶ Martín del Campo, 1943, p. 638.

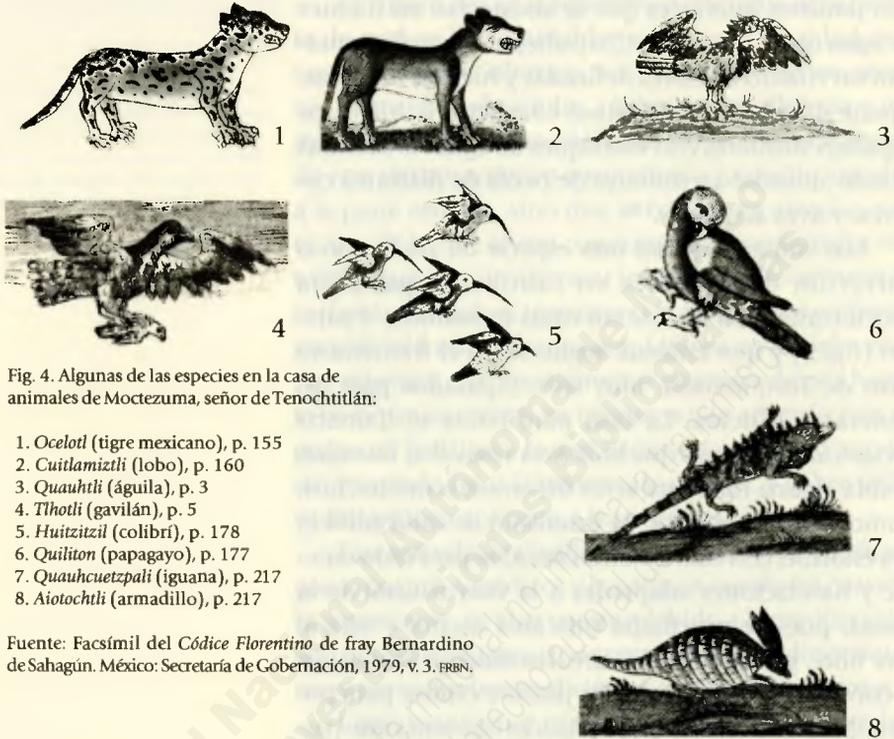


Fig. 4. Algunas de las especies en la casa de animales de Moctezuma, señor de Tenochtitlán:

1. *Ocelotl* (tigre mexicano), p. 155
2. *Cuilamiztli* (lobo), p. 160
3. *Quauhtli* (águila), p. 3
4. *Thotli* (gavilán), p. 5
5. *Huitzitzil* (colibrí), p. 178
6. *Quiliton* (papagayo), p. 177
7. *Quauhcuetzpali* (iguana), p. 217
8. *Aiotochtli* (armadillo), p. 217

Fuente: Facsímil del *Códice Florentino* de fray Bernardino de Sahagún. México: Secretaría de Gobernación, 1979, v. 3. FRBN.

ornamentar a reyes, sacerdotes y guerreros, lo cual significa que no eran comestibles ni empleadas en ritos religiosos. Estas aves de hermoso plumaje proporcionaban los materiales necesarios para manufacturar los atavíos y el vestuario del grupo social principal. Cabe aclarar que dicha actividad alcanzó gran prestigio y primacía si tomamos en cuenta algunos de los objetos que han sobrevivido hasta la fecha, como son el penacho de Moctezuma y algunos escudos y tocados de los guerreros, así como estandartes y abanicos de la nobleza (fig. 5).

Las colecciones de animales también constituyeron un entretenimiento para los monarcas mexicanos y, por ello, representaban una expresión de su magnificencia y poder. A Moctezuma II —según cuenta



Fig. 5. Trajes militares de los monarcas mexicas; muestran la importancia del arte plumario y de las pieles. Fuente: Peñafiel, Antonio. *Indumentaria antigua mexicana*. México: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1903. FRBN.

Bernal Díaz del Castillo— le gustaba observar el comportamiento de la fauna en cautiverio y disfrutaba tocar a los animales, así como exhibirlos ante propios y extraños, a manera de dominio y prestigio.

Los esparcimientos de Moctezuma *el Joven* incluían además la contemplación de discapacitados, albinos, enanos, encorvados y otros, afición semejante a la de los gobernantes del antiguo mundo y de épocas posteriores, pero a diferencia de éstos, los antiguos mexicanos no los tuvieron por motivo de curiosidad, mofa o burla. Es de suponerse que aquéllos hubieran sido objeto de especial cuidado por parte de reyes y sacerdotes al estar asociados con el culto del dios *Xólotl*, gemelo de *Quetzalcóatl*, quien supuestamente presidía el nacimiento de mellizos y seres deformes.¹⁷

El funcionamiento de la casa de estos animales y aves sorprendió a los españoles porque los nahuas cuidaban aspectos de organización, hábitos de ali-

¹⁷ *Ibid.*, p. 642-643.

En los relatos que hace Cervantes en su *Crónica de la Nueva España*, se infiere que la huerta de Tenochtitlan parecía un jardín.

mentación y atención médica, tal como ocurre en los zoológicos actuales. Así, estaban pendientes de tenerlos en celdas adecuadas y separadas, y de cuidar su reproducción, incorporando siempre varios de los elementos de su modo de vida silvestre. Todo esto impresionó fuertemente a Bernal Díaz del Castillo, al igual que el ejército de sirvientes, probablemente 900 o más individuos, que daban mantenimiento al lugar: los había para la limpieza rutinaria de los estanques de agua para aves y peces, para la caza y la pesca (por lo regular 10 arrobas al día), así como para la preparación del alimento diario de los animales cautivos. Entre otras actividades había igualmente personas para acicalarlos y espulgarlos, recolectar las plumas de las aves y guardar los huevos.¹⁸

Además en la misma Tenochtitlán, mirando hacia el sureste, la estirpe de Moctezuma poseía casas de recreo con jardines. Aquí sobresalía una huerta especializada en árboles y hierbas curativas —según describe con gran admiración el connotado humanista español Cervantes de Salazar hacia el último cuarto del siglo XVI—, pues la cultura mexicana tenía la costumbre de reunir y observar la flora regional, como parte del manejo y amplio conocimiento que alcanzó en la botánica y en la farmacopea (incluso con un empleo más científico que la propia cultura occidental). Aquí el *tepati* —que era una especie de médico— experimentaba con plantas, estudiando sus particularidades para extraer un bálsamo benéfico o una cura. De allí que esas plantas fuesen valiosas por sus cualidades curativas, y destinadas a sanar a los “caballeros” de la corte, probablemente sacerdotes y guerreros.

En los relatos que hace Cervantes en su *Crónica de la Nueva España*, se infiere que la huerta de Tenochtitlán parecía un jardín, pues había calles bien trazadas para el paseo o el regadío, asientos de tramo en tramo, capillas y otros artificios que adornaban el lugar. Decenas de hortelanos mantenían el si-

¹⁸ *Ibid.*, p. 637, 639-642.

tio que, en su momento, Moctezuma *el Viejo* había cuidado con ahínco.¹⁹

Huaxtepec

Sin embargo la huerta mayor de los monarcas mexicas se encontraba fuera del Valle de México, en Huaxtepec, y era mucho más grande y célebre que las de Tenochtitlán e Iztapalapa: medía dos leguas y tenía varias casas de descanso con bellos jardines. Un hermoso río la atravesaba, dando mayor encanto al lugar.²⁰ Huaxtepec se prestaba para ser no sólo un lugar de placer o reposo, ya que también era magnífico para la oración. Según fray Juan de Torquemada, en su obra *Monarquía Indiana*, había en este lugar aposentos cargados de flores y árboles frutales con manantiales de agua, además de peñascos labrados, cenadores, oratorios y miradores con sus escaleras.²¹

Desde otro punto de vista Francisco Hernández, protomédico del rey Felipe II de España, visitó los jardines reales entre 1570 y 1577, testificando en su *Historia natural de Nueva España* que Huaxtepec era notable por encerrar una diversidad de árboles y flores "bien olientes", incluyendo hierbas medicinales procedentes de distintos climas. Añadió que en este sitio se encontraban naturalizados el bálsamo de las Indias o huitzxóchitl, que había llegado hasta aquí procedente del Pánuco (Golfo de México) y que era estimado por la farmacopea indígena por tener múltiples aplicaciones curativas, así como otras especies usadas para tónicos del corazón, representadas por el curioso ejemplar del árbol de la flor de la manita o macpalxochicuahuitl (célebre por su apariencia de una manita roja que produce la unión de sus cinco estambres salientes) y la popular magnolia mexicana, la yolloxóchitl, que igualmente era un remedio para padecimientos cardiacos. Aquí también crecían árboles frutales como el tejocote, el capulín, diferentes clases de aguacate, y se veían plantas comestibles

¹⁹ Nutall, 1956, p. 12-13; Quintanar, 1968, p. 5.

²⁰ Heyden, 2002, p. 23.

²¹ Nutall, 1956, p. 23; Quintanar, 1968, p. 5.

traídas de Cuetzalan como el cacao y la vainilla, entre otras. A éstas se agregaban la cosecha de siembras ornamentales como nochebuenas, acacias, aralias, la cacaloxóchitl, el cempoalxóchitl, cactus, helechos, palmas, las orquídeas y la dalia,²² todas ellas cultivadas con orden y simetría. En suma, Huaxtepec era una especie de jardín botánico tropical y, posiblemente, el primero de su tipo que existió en el continente americano, y en donde se hacían estudios con plantas exóticas traídas de otras comarcas. La aclimatación de esta vegetación en esa tierra caliente significó un intercambio botánico importante para el Altiplano central, pues enriqueció la flora de los jardines reales del Anáhuac (figs. 6 y 7).

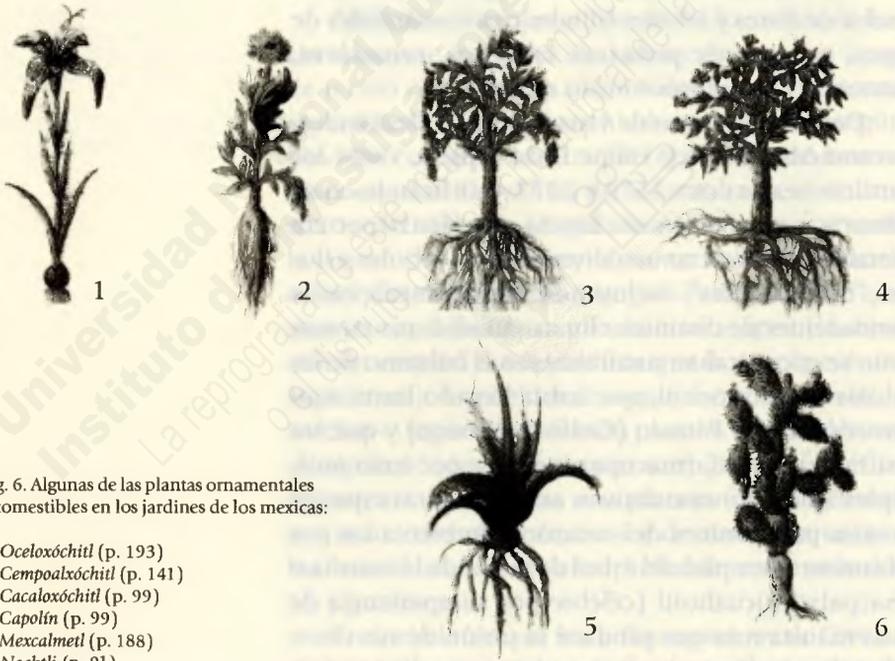


Fig. 6. Algunas de las plantas ornamentales y comestibles en los jardines de los mexicanos:

1. *Oceloxóchitl* (p. 193)
2. *Cempoalxóchitl* (p. 141)
3. *Cacaloxóchitl* (p. 99)
4. *Capolín* (p. 99)
5. *Mexcalmetl* (p. 188)
6. *Nochtli* (p. 91)

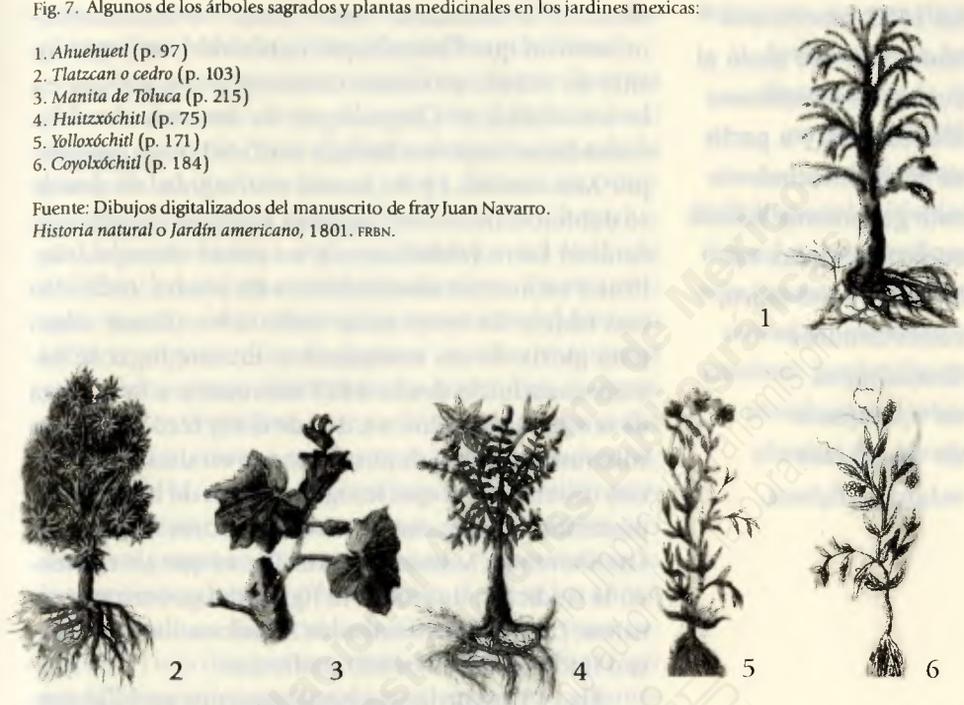
Fuente: Dibujos digitalizados del manuscrito de fray Juan Navarro. *Historia natural* o *Jardín americano*, 1801. FRBN.

²² Nutall, 1956, p. 19-20 y 23-26.

Fig. 7. Algunos de los árboles sagrados y plantas medicinales en los jardines mexicas:

1. Ahuehuatl (p. 97)
2. Tlatzacan o cedro (p. 103)
3. Manita de Toluca (p. 215)
4. Huitzóchitl (p. 75)
5. Yolloxóchitl (p. 171)
6. Coyloxóchitl (p. 184)

Fuente: Dibujos digitalizados del manuscrito de fray Juan Navarro. *Historia natural o Jardín americano*, 1801. FRBN.



Chapultepec

Con base en exploraciones arqueológicas, Felipe Solís Olguín sostiene que el uso de Chapultepec era más el de un sitio ritual que el de un baño de recreo.²³ Por mucho tiempo existió la creencia de que los contenedores de agua o "albercas" que se localizaban en este sitio, servían de baño de placer a los reyes mexicas y su corte. Las excavaciones que se realizaron en 1973 sobre las pozas coloniales y republicanas descubrieron que, en efecto, los vestigios prehispánicos eran una especie de asiento conformado por dos taludes, ornamentados con la típica moldura de la arquitectura mexicana, y cuya estructura fue la que originó en el pasado tal leyenda. Pero este hallazgo también reveló que dicha estructura guardaba en su interior esculturas, jarras y vasos de Tláloc, así como el de una

²³ Solís Olguín, 2002, p. 36.

En 1459 ocurrió una hambruna que asoló al pueblo de Moctezuma Ilhuicamina, y a partir de tal acontecimiento este gobernante mandó edificar templos en la cumbre del cerro, convirtiéndose Chapultepec en un espacio de invocación mágico-religiosa.

diosa de la fertilidad;²⁴ estas piezas encontradas demostraron que Chapultepec había sido, más que un sitio de recreo, un centro ceremonial. De allí que en la actualidad, el Chapultepec de los mexicas deba entenderse como un bosque artificial, muy cuidado por Moctezuma I y de acceso restringido, en donde se debieron introducir algunas especies vegetales de carácter sacro (ahuehuetes), así como obras hidráulicas y monumentos esculpidos en piedra, todo ello con objeto de reverenciar tanto a los dioses como para gloria de sus antepasados. En este lugar se habían construido desde 1435 santuarios a la manera de templos monolíticos, donde el rey Izcóatl (cuarto soberano mexica) dejó su imagen en una de las rocas, retrato real al que le siguieron los de los *tlatoanis* posteriores. Aseguran los investigadores María de la Luz Moreno y Manuel Alberto Torres que así comenzó la tradición de grabar la figura del gobernante en turno, con fechas y símbolos relacionados con algunos hechos históricos sobresalientes.

En 1459 ocurrió una hambruna que asoló al pueblo de Moctezuma Ilhuicamina, y a partir de tal acontecimiento este gobernante mandó edificar templos en la cumbre del cerro, convirtiéndose Chapultepec en un espacio de invocación mágico-religiosa hacia las deidades Tláloc y Chalchiuhtlicue, dioses patronos de la lluvia y el agua. Obviamente se trató de recrear, de esa manera, el mundo mítico de los númenes del agua, a fin de que estas deidades siempre abastecieran a los tenochcas del sagrado líquido que "emana de la tierra". Habrá que recordar que Chapultepec era prodigioso por sus manantiales de agua dulce (pues el agua salada de Texcoco era insalubre) y de allí se recolectaba la que se consumía en Tenochtitlán, a través de un gran acueducto (cuya obra expresaba la capacidad técnica alcanzada en esos tiempos) hecho por Netzahualcóyotl, señor de Texcoco. Por eso no es posible sostener que Chapultepec fuese una alberca de placer para el go-

²⁴ *Ibid.*, p. 38, 40.

bernante y sus doncellas, puesto que de allí se sacaba el agua que bebía la población de Tenochtitlán.²⁵

Moctezuma I construyó en Chapultepec diversos sitios de descanso, entre ellos un pequeño palacio al oriente del cerro, para disfrutar desde su cima de la tranquilidad que brindaba el paraje. Relatan las crónicas que Moctezuma Ilhuicamina solía ir a Chapultepec a gozar de una vista panorámica del Valle de México y los volcanes cubiertos de nieve. En este sentido, era una costumbre de los monarcas del antiguo México erigir jardines colgantes en altas montañas para divisar vistas admirables, lo que indica que prodigaban un verdadero amor a la naturaleza en todas sus manifestaciones, y en especial hacia la jardinería. Por eso en la colina de Chapultepec había edificaciones para alojar a los gobernantes, donde existían jardines colgantes en forma de terrazas,²⁶ aprovechando las corrientes de agua o los canales. Aquí se les admira a los nahuas las técnicas en hidroponía, pues conocían el uso de agua con nutrientes, como fue elegir aquellas especies que mejor se adaptaran a la humedad de las rocas.

Asimismo, para realizar festividades a los dioses, como la de *panquetzaliztli*, dedicada a Huitzilopochtli (deidad del sol y la guerra), en este bosque se crearon calzadas, escaleras y caminos bordeados de ahuehuetes y otras plantas de ornato. Fue Netzahualcóyotl, amante del paisaje, quien plantó los enormes sabinos encontrados alrededor de los manantiales. El ahuehuete estuvo sembrado en Chapultepec por ser un árbol sagrado (simbolizaba al anciano longevo, cuyos atributos servían de guía y protección a los pueblos mesoamericanos) relacionado con el agua, y junto con el ahuejote fueron especies vegetales utilizadas por el rey poeta de Texcoco en la construcción del gran acueducto.²⁷

Por las características señaladas sobre Chapultepec, este sitio se constituyó en el lugar de recreo más importante de los reyes aztecas al ser disfrutado

Asimismo, para realizar festividades a los dioses como la de *panquetzaliztli*, dedicada a Huitzilopochtli (deidad del sol y la guerra), en este bosque se crearon calzadas, escaleras y caminos bordeados de ahuehuetes y otras plantas de ornato.

²⁵ *Ibid.*, p. 37, 40.

²⁶ Descripción de Cervantes de Salazar sobre el sitio, en Quintanar, 1968, p. 5.

²⁷ Moreno y Torres, 2002, p. 41.

también por Netzahualcóyotl, ya que en este lugar Moctezuma I vinculó la historia de sus antepasados con la diversión (cacería), con la contemplación y con los rituales religiosos.

Epílogo

Posiblemente los jardines que construyeron los gobernantes mexicas, cuyo diseño concebido a semejanza de la naturaleza o del "cosmos celestial", fueron para albergar a los dioses y buscar su protección; por ende, eran sitios donde los grandes señores, dados sus privilegios, podían ir y estar en contacto directo con las divinidades. Esto cobra sentido si consideramos que en el mundo real únicamente la nobleza prehispánica podía poseer grandes jardines, por ser una de las prerrogativas de su posición social, ya que sólo ellos, por derecho divino, tenían acceso a la riqueza, al poder y a la belleza del mundo natural.

De forma similar a las antiguas civilizaciones del mundo, los jardines de los tenochcas fueron espacios accesibles sólo a quienes tenían el derecho y el poder para construir su paraíso privado; pero los monarcas mexicas los hicieron suyos no sólo para la distracción, sino para practicar la contemplación, coleccionar y estudiar la flora y la fauna regionales, o bien utilizarlos como sitios ceremoniales. En cuanto a sus características, no cabe duda de que los jardines en palacios reales fueron sitios ideados para formar parte de una construcción arquitectónica; se adosaban con plantas ornamentales y hierbas olorosas, fuentes de agua, además de estanques para aves y peces. Muchas de las huertas parecían más bien un jardín con los rasgos de la típica arquitectura mexica; con sus albercas o contenedores de agua para la fauna acuática y aves salvajes, o bien finamente decoradas para bañarse, acompañadas de calzadas o andadores, sistemas de riego, oratorios, miradores y cenadores. La flora que había en los huertos los convertía en jardi-

nes botánicos, pues aquí se mezclaban árboles frutales, flores, plantas medicinales y comestibles. También fueron planificados extensos bosques o parques para la caza, y se procuraba establecerlos en un lugar que tuviera agua, además de una topografía interesante para la práctica de dicha actividad, con sus riscos, peñascos y cuevas. Se contaba además con zoológicos muy funcionales para su época, ya que tenían servicios especializados para el cuidado y mantenimiento de los animales. Todas estas manifestaciones derivadas de la jardinería son prueba fehaciente de los logros alcanzados por la civilización nahua en el terreno de las artes, la ciencia y la cultura.

Desgraciadamente, después de la conquista de Tenochtitlán comenzó el proceso de destrucción de las ciudades lacustres de la cuenca de México, a fin de erigir la nueva urbe bajo el modelo español, y la que sería capital del virreinato novohispano. Con la fundación de la ciudad de México quedaron sepultadas las casas de Moctezuma debajo del actual Palacio Nacional y la Plaza Mayor, y con estas construcciones, símbolos del poder político occidental, desaparecieron los jardines, la huerta y el zoológico de los reyes mexicas.

De igual forma, el desecamiento de los lagos sin duda afectó el entorno acuático de Iztapalapa y puso "fin al jardín de este sitio, devastación que culminó hace pocos años al destruirse las chinampas sobrevivientes con la construcción de la Central de Abastos, con la que se terminó con el modo de vida milenario de los chinampanecas de Iztapalapa".²⁸ Por otra parte, si bien Huaxtepec despertó por algún tiempo el interés de los españoles para el cultivo de plantas medicinales, pronto quedó en el olvido. Sin embargo, hacia 1956 aún se miraban sus restos: quedaban algunos ahuehuetes y manantiales de agua.

De todos los vergeles mencionados atrás, el único testimonio que nos llega hasta hoy día es Chapultepec, debido a que en la época colonial que-

Desgraciadamente, después de la conquista de Tenochtitlán comenzó el proceso de destrucción de las ciudades lacustres de la cuenca de México.

²⁸ Velasco Lozano, 2002, p. 33.

dó en manos de Hernán Cortés y, posteriormente, se fincó un palacio para casa-habitación de los gobernantes, que se extendió con su gran bosque tanto para el usufructo de los virreyes españoles como de los presidentes mexicanos del siglo XIX. Hacia esta reserva natural y cultural, legado genuino de nuestros ancestros, se deben encaminar en pleno siglo XXI los esfuerzos de la sociedad mexicana en su conjunto, para protegerla y conservarla. ❶

Bibliografía

- ALCÁNTARA ONOFRE, Saúl. "El jardín de Netzahualcóyotl en el cerro del Tetzotzinco", en *Arqueología Mexicana*, vol. x, núm. 58 (nov.-dic. 2002), p. 52-53.
- CARBALLAL STAEDTLER, Margarita y María Flores Hernández. "Elementos hidráulicos en el lago de México- Texcoco en el posclásico", en *Arqueología Mexicana*, vol. XII, núm. 68 (jul.-ago. 2004), p. 28-37.
- CLAVIJERO, Francisco Javier. *Historia antigua de Mejico*. Mejico: Juan R. Navarro, Editor, 1853.
- Diccionario Universal*. Apéndice al *Diccionario Universal de Historia y Geografía*. México: Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, 1856.
- FARIELLO, FRANCESCO. *La arquitectura de los jardines. De la antigüedad al siglo XX*. Barcelona: Editorial Reverté, 2004.
- GARCÍA CHÁVEZ, Raúl. "Tetzotzinco y alrededores de México", en *Arqueología Mexicana*, vol. x, núm. 58 (nov.-dic. 2002), p. 70-77.
- GORTARI RABIELA, Hira de, Regina Hernández Franyuti, Ana Lau Javien y Verónica Zárate Toscano. *La Ciudad de México. Antología de lecturas siglos XVI-XX*. México: Secretaría de Educación Pública / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1995.
- HERNÁNDEZ PONS, Elsa. "La acequia real", en *Arqueología Mexicana*, vol. XII, núm. 68 (jul.-ago. 2004), p. 34-43.

- HEYDEN, Doris. "Jardines botánicos prehispánicos", en *Arqueología Mexicana*, vol. x, núm. 57 (sep.-oct. 2002), p. 18-23.
- MARTÍN DEL CAMPO, Rafael. "El más antiguo parque zoológico de América", en sobretiro de los *Anales del Instituto de Biología*, tomo XIV, núm. 2, 1943.
- MARTÍNEZ GONZÁLEZ, Lorena. "Las áreas verdes de la ciudad de México: una perspectiva histórica", en *El arbolado urbano de la zona metropolitana de la Ciudad de México*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco / Instituto de Ecología A.C. / Programme on Man and the Biosphere, UNESCO, 1991.
- MORENO, María de la Luz y Manuel Alberto Torres. "El origen del jardín mexicano de Chapultepec", en *Arqueología Mexicana*, vol. x, núm. 57 (sep.-oct. 2002), p. 41.
- NAVARRO, Juan, fray. *Historia natural, o jardín americano* [manuscrito]: *Es continuación del tomo segundo. En seguimiento de la obra que el R. P. Dr. Fernández escribió de los vegetales americanos*. Tomo v, 1801.
- NUTALL, Zelia. *Los jardines del antiguo México*. México: Vargas Rea Editor, 1956.
- OROZCO SÁNCHEZ, Esperanza. "Apuntes para la historia de la botánica en México". Tesis para obtener el título de Maestra en Ciencias Biológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1942.
- PEÑAFIEL, Antonio. *Indumentaria antigua mexicana*. México: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1903.
- PERALTA, Xavier. "Los baños de Netzahualcóyotl", en *México Desconocido*, año xx, núm. 226 (dic. 1995), p. 24-29.
- QUINTANAR, Francisco. "Jardines de los antiguos mexicanos", en *Artes de México*, año xv, núm. 104, 1968, p. 5-14.
- QUINTANAR ARELLANO, Francisco. *Parques y jardines*. [s. l., s. n.], 19??

RAMUSIO, Giovanni Battista. *Terzo volume delle navigazioni et viaggi*. Venecia: Nella Stamperia de Giunti, 1565.

ROJAS RABIELA, Teresa. "Las cuencas lacustres del altiplano central", en *Arqueología Mexicana*, vol. XII, núm. 68 (jul.-ago. 2004), p. 20-27.

SAHAGÚN, Bernardino de, fray. *Códice Florentino*. México: Secretaría de Gobernación, facsímil, v. 3, 1979.

SOLÍS OLGUÍN, Felipe. "Chapultepec, espacio ritual y secular de los tlatoani aztecas", en *Arqueología Mexicana*, vol. x, núm. 57 (sep.-oct. 2002), p. 36-40.

VELASCO LOZANO, Ana María. "El jardín de Itztapalapa", en *Arqueología Mexicana*, vol. x, núm. 57 (sep.-oct. 2002), p. 26-33.

Bibliografía